

IV.

ORIEL.

Después de tanto caminar por montes y por valles, al borde de los abismos, á orillas de los rios, bajo las nieves eternas, en pós de una verdad, de un rayo de luz, de un dios, la soledad que me rodea es mi consuelo, y el diálogo con la naturaleza la única ocupacion de mi alma. Desde aquí, desde esta altura veo á lo léjos las grandes ciudades, donde el hombre se encierra como la hormiga en un monton de polvo, guardando sus misterios y sus secretos celestes. Yo nada puedo saber, nada alcanzo. No entiendo ni el rumor de los bosques, ni el susurro de las aguas, ni el hervir de los volcanes, ni el grito que lanza el águila cuando se cierne audaz allá en las últimas regiones de los vientos. Todo mi trabajo consiste en romperme la frente contra las paredes de esta

cárcel, para preguntar en vano qué hay más allá de sus tinieblas y de sus espesos muros. ¡Ah! En la cúspide de la montaña, bajo un sombrío pino, junto á la catarata que se desploma rabiosa en los abismos, acariciado por el continuo beso de las áuroras, viendo el sol oscilar en su ocaso y reclinarse en el dormido lago que limita el horizonte, mientras la luna llena se levanta por Oriente como el blanquecino vapor de un sacrificio, y la primer estrella de la tarde rasga con su luz indecisa la gasa de los cielos: en esta hora solemne y sublime, cuando la naturaleza entera se sumerge en profundo silencio, pregunto á la sombra que se levanta de los valles, á la luz que baja de los cielos, al ruiseñor que entona su primer gorgojo, al águila que lanza su postrer grito, si todo está vacío, si en las ondulaciones del aire, en los pliegues de las sombras, en los sonidos que despiden las gargantas de las aves y las hojas de las selvas movidas por el viento, se esconde un sér, el cual compadezca al ménos mi tormento. Por allí veo pasar un hombre absorbido en su pensamiento. A cada paso que da, se arrodilla, levanta sus brazos al cielo, y llora. ¡Qué feliz! Aún tiene lágrimas. ¡Dichoso estado del espíritu, aquel en que el manantial del llanto brota de los ojos

cón la misma facilidad con que brota el agua de la fuente! La naturaleza halla un desahogo en las lágrimas. Yo no puedo llorar, yo no volveré á llorar. Mis ojos están abrasados por el dolor. Voy á hablarle.—Dime, dime, caminante, ¿qué soy yo?

VIASA.

Calla, calla. No hables, porque Dios está dormido, y el mundo y el Universo velan su tranquilo sueño. Aquí, en el espacio por donde fluye la vida, no hay más que un sér que todo lo llena, y que desciende como el sol desde lo infinito á las profundidades más oscuras de la tierra. En este sér se envuelve todo, como la arena removida en las ondas de la playa. Yo no sé más, no puedo saber más, sino que ese grandioso sér pasa sobre la tierra, y la agita; sopla sobre los mares, y los subleva; sube á los cielos, y los ilumina; baja á los abismos, y los llena; entra en el corazon, y lo enamora; se derrama en el cerebro, y lo enciende. Yo le he visto sublime, encerrado en un foco de luz, dictando leyes á todas las cosas, y tejiendo con el jugo de su propia sustancia los hilos invisibles de las formas para todos los séres. ¿Y me preguntas, tú, tú, ¿mise-

rable! qué eres? Un poco de polvo, un soplo de aire, el pólen caído de la flor, la tosca lana que el cordero deja prendida de las zarzas, la espuma que arrastra el arroyo, el reflejo de un astro en el cielo, el brillo del relámpago en la noche, la leve pluma que el ave sacude de sus alas, el velo ligero de la niebla que el rayo del sol disipa y arroja á los abismos; nada, nada, la gran escrecencia de la creacion.

ORIEL.

Pues si soy nada, si soy ménos que todos esos séres, ¿cómo el polvo se disipa, el soplo del aire pasa, la espuma se desvanece, el vellon de la tosca lana se pierde, la luz del astro se apaga, la leve pluma huye entre los giros del viento, el velo de la niebla cae sobre la tierra en lluvia, ó sube hasta el sol arrebatado en sus rayos, y yo quedo siempre esencialmente el mismo, pegado á mi dolor?

UN BRAHAMAN.

El mundo es como una nube arrojada en los espacios. Por todas partes no hay en él más que torbellinos, tempestades, dolores, desesperacion y muerte. La vida es una inmensa corrupcion, y los

séres montones de estiércol. Yo he querido buscar el secreto del origen de la vida, y solo he hallado la podredumbre produciendo negras sabandijas á las que el orgullo humano ha llamado espíritus. Sobre la hirviente materia he visto jugar á la ciega casualidad, que modelaba en sus flacas manos á su antojo todas las cosas, arrojándolas por el espacio, como los niños en sus juegos arrojan las bolas de nieve por los despeñaderos de los altos montes. No hay más que materia, y siempre materia. Todas esas ideas que el hombre ha querido levantar á lo infinito, son como las figuras fantásticas que los ojos secos por una gran calentura ven flotar en los aires. El mundo material, con todas sus limitaciones, con todos sus dolores, será siempre como un frío cadáver, en cuyas entrañas en vano buscareis el calor de la vida, el hervir de la sangre; pero será el único sér, la única existencia. Todo el jugo que en la vida hay, está encerrado en esos licores hirvientes destilados de las frutas, que reflejan á la luz en su líquido seno, que brillan como piedras preciosas derretidas, y que al derramarse por las venas hacen temblar de placer al cuerpo y lo embriagan, despertando un espíritu que con la embriaguez se desvanece. No creais que más allá de

esta cárcel hay algo. Yo he bajado á los profundos abismos, y he visto en ellos la nada suspendida como una inmensa telaraña; he subido á las nubes, y he visto que el sol y todos los astros estaban colgados de la nada.

ORIEL.

No, no puede ser eso. Esta gigante lucha que en mí estalla, me dice que hay algo á través de los cielos. Yo he visto un amigo en el sol, una mirada de amor en la luna; he sentido un beso infinito en el suspiro del áura, una pasión inmensa en las palpaciones de las ondas y en el hervidero de los volcanes. Yo creo en algunos instantes que este mundo es muy estrecho, y busco ávidamente con los ojos del alma un sér allá, sí, allá en los cielos. ¿Por qué, si no, este continuo combate?

CAPILA.

Si habeis visto alguna vez las cataratas descender con gran golpe de aguas, y dividirse en los aires como por encanto en gotas menudas que rociaban las plantas, en argentados vapores que cubren de ligeras gasas los aires, tendreis una idea de la virtud con que el sér se extiende y se dilata por los espacios, fecundando amoroso cuanto besa con

su vida, y levantando nuevas formas con que tejer la trama de la naturaleza. Pero si alzais un poco no más la punta del velo que envuelve la creacion, encontrareis en su seno una guerra sin descanso ni tregua del aire con las aguas, del frio con el calor, de la luz con las sombras, del mar con los huracanes, del ave con el insecto, del insecto con la planta, de la planta con la tierra; lucha inmensa, gigantesca, en que cada sér pugna por salirse de su centro, por entrar en las esferas de sus contrarios, por romper su limite; pero lucha que es el trasunto de las dos fuerzas existentes en la naturaleza, de las cuales la una enciende el sol, y la otra teje las tinieblas; la una pinta la flor, y la otra desprende de sus dedos la negra oruga; la una perfuma de aromas el bosque, y la otra llena de miasmas el lago; la una es el ave que canta, descomponiendo en sus alas de mil colores la luz y hechizando el aire con su arpada garganta, y la otra es el reptil venenoso que se arrastra en el polvo y que muestra en la punta de su aguijon la muerte.

ORIEL.

Pero el reposo debe existir, porque yo lo anhelo y no puedo desear lo que no existe. ¡Oh! Si

yo conociera, como vosotros, al sér que todo lo explica; si yo hubiera recibido una educacion religiosa, no temeria esta inmensa soledad de mi alma; porque allá en los bosques, léjos de los hombres, levantaria un altar, cubriéndolo de flores, poblándole de aves, y uniria mi voz al concierto de todas las cosas, en loor de mi eterno consuelo, de mi eterno amigo.

UN IHOGUI.

¡Infeliz! Cree encontrar reposo, cuando los lábios secos en vano buscan por toda la redondez de la tierra una fuente de consuelo. ¿Sabes, por ventura, dónde reside el origen de la vida? Tú no puedes conocer si ese mundo es realidad, ó fugaz ilusion de tu mente. Detrás de las nubes veo fantasmas, detrás de los astros leves mariposas, sobre los cielos un Océano ideal que se mueve como si quisiera reventar en su limite y anegar toda la creacion. Pero yo no he podido averiguar nunca, nunca, si el mundo estaba sumergido en mi conciencia, si el mundo era una ilusion fugaz de mi espíritu. ¿La luz está en el sol, ó está en mis ojos? ¿La creacion es una idea, ó un hecho? ¿El Universo es un sistema que mi mente, abrasada por el calor de su propia vida, ha escrito con

la sustancia de mi cerebro en los espacios? Nada, nada sé. Todo se apaga á mi alrededor, todo huye á mi vista, mundos, ideales de mundos; y en mi conciencia no hay más que una espesa sombra y una larga noche.

ORIEL.

¿Y este es el consuelo de vuestra ciencia? Por todas partes la duda, por todos los caminos el mal. Tened piedad, piedad de mí. Voy buscando la verdad como la sed devoradora, infinita del alma. Yo pliego mis manos y doblo mis rodillas, y pido verdad, verdad á vuestra sabiduría.

ARIUNNA.

Allá en la cumbre del Universo, lejos de las sombrías nubes de la tierra, coronado por lo infinito, está el Sér absoluto, que habla por el órgano de sus tempestades, que brilla por el resplandor de sus soles, que siembra en los cielos miriadas de mundos, que irrada de su mente almas y de su corazón amores, que en perpétuo movimiento cubre de ráfagas de seres todas las esferas, y se ciñe á sus brazos, más largos que los rayos del sol, la serpiente del tiempo, y se sienta como en su trono sobre los espacios; pues su vida, que to-

do lo llena, es como el abismo luminoso á que van á parar todas las cosas, como el semillero de que nace el Universo; y su divina sustancia, que se derrama por los montes, y produce los bosques; por los prados, y mueve los arroyos y alimenta las flores; por el Océano, y tiñe de color de esmeralda las ondas y las corona de espumas; por los cielos, y los hace florecer en mundos y mundos; es la sangre que palpita en las venas de nuestra madre naturaleza.

ORIEL.

No os entiendo. ¿Y cómo ese gran Sér no ha venido hasta mí? ¿Cómo no se ha derramado por mis venas esa ardiente sustancia que late fuertemente en toda la creacion? Yo soy el único sér que está lejos del calor de la vida, y apartado de los límites del Universo, yo. Sér á quien todos estos hombres adoran, ¿por qué no bajas á mi corazón desolado? ¿Por qué yo, sólo yo en la tierra ni te siento en mí ni te conozco?

GOTAMA.

El mundo es una ilusion, la luz pura fantasia, los coros de los astros música engañosa, los seres fantasmas que cruzan por lo infinito como figuras

fingidas por el insomnio, Brahama una inmensa sombra que duerme allá en el abismo de la eternidad, y que en sueños calenturientos idea orbes, creaciones, mundos, que son su eterno delirio, del cual se rie la nada, abriendo sus negras fauces al pié del Universo. Sobre este mundo que vemos con nuestros ojos y palpamos con nuestras mismas manos, veo flotar en confusion informe lo único que hay de real y verdadero en la naturaleza, los fantasmas de las ideas. Este mundo exterior que se dilata por los espacios, no es más que la ilusion engañosa de la vida, tan fugaz como el brillo que el remo produce en la onda, y tan engañosa como el fantástico mar que fingen los rayos ardentísimos del sol de estío en la abrasada arena. No hay más realidad que el espíritu, no hay más vida que la idea, no hay más Universo que la inmensa, la infinita conciencia. El mundo es una flor caída del espíritu, que el espíritu huella indiferente en su triunfal camino. No hay, no, más realidad que la idea.

ORIEL.

Todos estos séres han pasado á mis ojos diciendo sus ideas, y no he podido entenderlos. Todos me han visto llorar, y ninguno ha secado mis

lágrimas. Todos han oído que mis clamores les pedían un dios, y todos me han dejado en esta horfandad del alma... ¡Ah! Allá léjos descubro un hermoso palacio. Me acercaré á ver si encuentro algun sér compasivo que enjague mis lágrimas, si, mis lágrimas, que vuelven á correr por mis mejillas como un río de fuego.

EL REY AZOKA (*en su palacio*).

Cesen los cánticos, callen los instrumentos, apáguese la voz de los festines. Mi corona de oro pesa demasiado sobre mis sienes, y las aplasta; mi manto sembrado de diamantes hace encorvar mis espaldas; mi cetro es asaz grave para mis flacas manos. Yo, rey, que soy más que todos los hombres, más que todos los dioses; yo que veo hormiguesear á mis ojos los esclavos; yo que no engarzo las estrellas entre mi diadema porque no quiero; yo que llevo un manto azul más grande que el mar; yo no puedo cubrir con miriadas de esclavos, con cetros, con coronas, con trofeos este vacío infinito de mi despedazado corazón. Miradme aquí con poder para destruir y sin poder para crear. Yo quise arruinar en un día mi palacio, y lo arruiné. Quise despues levantarlo en un

dia, y no pude. Yo mandé matar á mis hermanos, y en una hora perecieron todos ménos uno. Fuí despues á sus tumbas á buscarlos, y en vano conjuré sus cenizas para que se despertaran á la vida que les concedia mi voluntad de nuevo. En un dia de hastío degollé las seiscientas mujeres que habian sido las delicias de mi vida, y á los pocos instantes, cuando el deseo del placer volvia con sus golpes á llamar en mi corazon, quise poner aquellas cabezas sobre sus gargantas, aquellos brazos en sus hombros, animar con un soplo de vida los pechos destrozados, dar movimiento á los corazones exánimes, difundir por aquellos hermosos troncos yertos el calor de la sangre; y en vano derramé esencias, aceites olorosos, aromas sobre sus heridas; en vano desangré robustos mancebos para infundir su sangre por las heladas venas de mis víctimas; en vano las llamé á gritos con toda la desesperacion de mi rabia; pues yo, que tan poderoso habia sido para precipitarlas en la muerte, no lo fuí para traerlas nuevamente á la vida y libar en sus lábios la miel de nuevos amores. ¡Oh rabia! ¡oh rabia! Abrid, abrid, bufones, esas ventanas, para que pueda mirar un poco mis jardines. Pero ¿qué veo? Ni un árbol, ni una flor, ni un ave que cante, ni una

fuelle que murmure hay en mis jardines. ¿Por qué, por qué?

EL BUFON.

¡Señor, señor!

AZOKA.

Decidme pronto por qué no hay árboles, ni flores, ni fuentes, ni aves en mis jardines. Todo cuanto me rodea es un sepulcro. Todo cuanto veo y toco es la muerte, sí, la pálida muerte. ¿Y esto sucede al rey, al rey que puede ahora mismo matarlos? Sí, sí, matarlos, matarlos: hé ahí lo único que puedo. ¿Por qué no hay verdura en mis campos?

EL BUFON.

El rey olvida que un dia, disgustado de tanto verdor, de tantas flores, de tantos arroyos, de tanta hermosura, quiso extender un desierto al rededor de su palacio. Y para eso mandó cegar las fuentes, quemar los bosques, y dejar tan solo por los campos el hisopo y el espino.

AZOKA.

Es verdad; y yo no tengo en mi pecho un so-

plo para volver su frescura al aire, ni en mi sangre una sustancia para pintar de nuevo las flores, ni en mis arcas tesoros que me dén ahora mismo un bosque donde estaba el desierto, ni en mi mente fuerza creadora para volver á la vida las aves que mi capricho vió caer abrasadas entre el humo y las llamas; y yo, yo que soy tan miserable, tan impotente, yo me llamo rey.

EL BUFON.

Señor, allí viene vuestro único hermano.

AZOKA.

Es verdad, es verdad. Ese es el único sér que yo amo en el mundo. Vestido de sayal, ceñidos los riñones con una soga de esparto, apoyado en un báculo, descalzo, encanecida la cabeza, luega la barba, pálido el semblante, hundidos los ojos, iluminado por el resplandor de un espíritu que se vé brillar al través de sus huesos y de su tostada piel, mi hermano es la imágen de la virtud.

EL EREMITA (*delante del rey*).

He abandonado mi retiro para decirte por última vez la verdad, ¡oh hermano mio! Hasta mi soledad ha llegado el eco de tus festines, el refle-

jo de tus incendios y los ayes de tus víctimas. Yo tenia hermanos, por cuya salud rogaba todos los dias á Brahama, ignorando que todos ellos eran mártires, y el mayor de todos su verdugo. Cuando lo supe, lloré más por tu crimen que por su muerte, y compadeci más al asesino que á sus víctimas. Jefe de los creyentes, elegido por Brahama, anegado en resplandores, envuelto en nubes de incienso que levantan mil pebeteros; siempre tendido sobre el plato, y con un hambre insaciable; siempre rodeado de mujeres desnudas, y con una lascivia inextinguible; siempre con la copa del licor en los lábios, y devorado por una sed infinita; siempre mandando, y con una ambicion nunca satisfecha; perdida la frente en rayos de oro, hundidos los piés en las entrañas calientes de mil víctimas, teñido el manto en la sangre de una generacion; tú que has domeñado los leones, que has satisfecho de carne cruda á los tigres, que has volado en tu carro sobre los campos de batalla como el cuervo, que has extendido tu dominio desde los picos del Himalaya, donde el sol tiene su cuna, hasta los extremos de los mares, donde el sol tiene su sepulcro; tú, tú que has formado un ejército de aves de rapiña para limpiar la tierra de los cadáveres amontonados por

tu rabia; tú, ahí, tendido en tus cojines de oro, respirando el aire por mil abanicos renovado; tendido como un Dios por millones de vasallos, que al oír tu nombre bajan sus frentes hasta el polvo, creyendo que tienes el mundo por peana, el cielo por corona, la muerte por esclava y el hombre por juguete; eres más desgraciado y más miserable que el insecto nacido y criado en el in-mundo fango, que al fin algún bien hace á la naturaleza.

AZOKA (*temblando*).

¡Oh, hermano mio! ¿Así insultas á tu rey, á tu hermano, que te ama sobre todo en el mundo? Tú, tú eres el único sér á quien he querido en esta mi triste y desolada vida; tú que has representado á mis ojos la virtud, amable á todos, pero más aún al que la conoce y no la practica.

EL EREMITA.

Tú verás correr en sueños un río de sangre, y te ahogará en él sin morirte nunca, para mayor tormento. Tú, en las negras nubes que la tempestad aglomera en el cielo, verás colgadas tus víctimas, y en el siniestro resplandor de los relámpagos la mirada de Dios que te busca para

confundirte y anonadarte. Tú, cuando el cielo esté tranquilo, crearás descubrir en cada astro una retina que te mira y que penetra hasta en el fondo oscuro de tu conciencia. Tú, que has andado sobre vientres despedazados, sobre miembros esparcidos, como sobre una alfombra, en la callada noche oirás el gemido de los que has martirizado; y cuando el áura se suspenda amorosa para todos los séres en la superficie de los lagos, y rice la corola de las flores, y saque sonidos melancólicos de las ramas de los árboles, mentirá un lamento en tu conciencia. Tú, que has abierto el vientre de tus mujeres, que has bebido la sangre de tus hermanos, que has paseado tu mirada triunfante sobre provincias destruidas y desoladas por un puro capricho, que has asesinado á los pequeñuelos en el seno de sus madres, que no has querido perdonar ni á tus hijos, que has llenado de cadáveres los campos, que has pisoteado generaciones, como el labrador pisotea los racimos en el lagar, que eres triste como la muerte y asqueroso como la lepra, que has ulcerado tu corazón con todos los males y has sumergido tu conciencia en las espesas tinieblas del infierno, debes sentir en tus entrañas todos los puñales que te han valido para tus sacrificios, y sobre tu cerebro

las victimas que pueblan tus oidos de ayes, tu corazon de dolores, y el aire que respiras con su último aliento, pernicioso y letal, porque conservándote el cuerpo, te asesina el alma.

AZOKA.

Hermano, hermano, sálvame, sálvame de mis remordimientos.

EL EREMITA.

Quédate ahí en tu dolor y tu desesperacion. Yo te he advertido el mal que va á caer sobre tu frente. No te arrepientas, y tu alma en el dia de las grandes injusticias irá á una sabandija ó á una vibora. (*Sale del palacio*).

AZOKA.

¡Ay! ¡ay! Me ha herido en el alma.

EL EREMITA (*á la puerta del palacio*).

¡Qué veo! La imágen de una mujer desnuda, tendida en un lecho de mirtos, con la sonrisa del placer en los lábios y el reflejo de ardiente voluptuosidad en los ojos; agitada por el fuego de todas las pasiones; convidando con sus sonrosadas carnes, mal envueltas entre sus negras trenzas, al

vicio, y vertiendo por todas partes el veneno y la ponzoña de un amor ardiente que escita los sentidos y los obliga á nadar en soñadas delicias... Eso es, eso todo lo que se adora en este palacio, impura manebía donde se han aunado el capricho de un déspota y la paciencia de sus vasallos, para sembrar la tierra de males y ofender con mil insultos á los dioses. Caiga, caiga este impuro ídolo, en cuya contemplacion se extasia un tirano; caiga, y no ofenda así á los cielos, en cuyos senos hierve ya el rayo que ha de herir tanta iniquidad. (*Rompe la estatua.*)

LOS GUARDIAS.

¿Qué has hecho? Herir el ídolo es herir al rey.

EL EREMITA (*huyendo*).

Los dioses le castigarán por mi mano; porque así como mandan el invierno á la tierra cuando el fruto cae del árbol, mandan el castigo á la conciencia cuando la virtud cae del corazon. Yo espero que no ha de tardar mucho el golpe sangriento y seguro de la justicia.

AZOKA.

Mi cabeza hierve como el volcan. El mundo se

desploma bajo mis plantas. El cielo está á mis ojos negro, y me parece un cuervo que quiere clavar su pico en el cadáver de mi conciencia. Mi corazón se agita y tiembla como una nube henchida con las lágrimas de la tempestad. El campo me parece un sepulcro. ¡Aire! ¡aire! Abrid mis ventanas de lapis-lázuli... Pero ¿qué veo? ¡Destrozada mi gran estatua, destrozada!... ¡Qué atentado!

LOS CORTESANOS.

¿Quién habrá quebrado la estatua del placer, de la hermosura, diosa que guardaba la puerta de este templo del rey?

AZOKA.

Estatua mía, ¡cuántas veces te he creído inmortal! Habías sido, es verdad, un pedazo de piedra que las aguas del Ganges regaban, y que perfumaban los sagrados bosques del Himalaya; pero merced á un mandato mio, la mano del artista te despertó á la vida, y te dió la misma idea y la misma forma que yo guardaba en el secreto de mi pensamiento. Yo te vi desde entonces hermosa, rodeada de la aureola de mi recuerdo, como la montaña ceñida por los reflejos de la aurora bo-

real, y la blanca luna circundada de estrellas. Tú únicamente no eras ingrata para este desgraciado; tú sonreías siempre con sonrisa de amor, tú velabas mi sueño, tú eras la forma de mi pensamiento, tú permanecías fiel y obediente á mi conciencia, diciéndome con tus labios lo que deseaba mi corazón que le dijese. Por eso en un instante, movido con súbito ardor por tus gracias y por tus amores, quemé en tus aras á mis seiscientas concubinas, y las vi entre las llamas quejarse y maldecirme, sin temblar ni estremecerme, porque eran un holocausto á tu culto y á tu amor, único amor, único pensamiento puro de esta conciencia tan sombría como la tempestad y tan negra como la caverna donde forja Yama los dardos de la muerte.

LOS CORTESANOS (*entre sí, y á hurtadillas*).

¡Está loco! Dejémosle. ¡Infeliz! está loco.

AZOKA.

¿Qué decis, qué murmuráis?

LOS CORTESANOS.

Decimos que en el mundo no hay rey como tú; que el cielo no es tan grande como tu frente, ni

el sol tan luminoso como tus ojos, ni el Océano tan profundo como tu pensamiento, ni la tierra tan hermosa como tu palacio, ni Brahama tan poderoso como tu brazo, que puede sostener todos los mundos y todo el Universo.

AZOKA.

No me decia eso mi hermano, ¡ay! mi hermano, el único sér que yo amo en la tierra. Mi hermano y mi estatua eran los dos sentimientos de mi corazon, los dos recuerdos de mi memoria, las dos alas de mi alma. Mi hermano ha huido. Mi estatua está quebrada.

LOS CORTESANOS.

¡Gran desgracia ha sido, gran desgracia! ¿Quién habrá osado poner su mano sobre esa estatua, á cuyos piés hemos visto orando nosotros al mismo Indra?

LOS GUARDIAS DEL PALACIO.

Un eremita que ha pasado por aquí.

AZOKA.

¡Oh! Merece que le saquen los ojos, que le corten la lengua, que le taladren las manos y los piés,

que le arranquen la piel de la carne y la carne de los huesos, que le espriman el corazon, y antes le den á beber la sangre de sus hijos, atormentados y muertos en su presencia entre dolores acerbos y angustias horribles, para que se una el dolor interno al dolor de su propio castigo, y padezca y se aniquile todo su sér, toda su existencia. Ahora mismo, decid á mis ministros que, doquier entre un eremita, sea degollado y presentada á mí su maldecida cabeza. (*Se deja caer desvanecido por la rabia.*)

EL EREMITA (*perdido en un campo*).

Me sentaré en esta piedra á meditar en mi doctrina y en mis creencias. Un rastro de sangre me precede. Mi hermano ha mandado matar á todos los eremitas de la India. ¡Matarlos! No temo á la muerte. Todo hecho es pasajero, todo sér una sombra, todo deseo una rebelion, toda ciencia nos lleva como de la mano al aniquilamiento de nosotros mismos, para que viviendo separados de esta vida fugaz, no necesitemos de las formas exteriores, pesadas cadenas que nos atan á la estéril tierra, y que no consienten á nuestro espíritu sumergirse en la esencia ethérea é impalpable de la verdadera sustancia, á la cual no podemos unir-